BRÍGIDO REYES

BRÍGIDO REYES.

Hay momentos históricos bien difíciles de ser olvidados, porque marcan épocas para una nación, bien de desarrollo y de ventura, ó bien de luto y aun más, de vergüenza.

Corria el año de 1835, año de triste recordación, porque en él se rebelaron contra la madre patria sus hijos espúreos, los que osaron lanzarla el guante, acogiéndose ántes á la bandera del enemigo eterno de nuestra raza, y aquí nos referimos á la rebelión acaudillada por Houston en la ingrata Texas, cuando en Mazatlán y en los tristes dias de Octubre, del mes de las heladas rachas y de las hojas secas, se registraba en el libro de los vivos el nombre de un niño, vástago de una de esas uniones santas, alegría del hogar bendito que habian formado D. Ignacio Reyes y Doña Dolores Alvarez.

El niño fué bautizado con el nombre de Brígido, y la suerte le deparaba destinos que acaso nadie hubiera esperado.

La buena posición de sus padres, que contaban con una regular fortuna, permitió al jóven Reyes más tarde ilustrar su entendimiento y abrirle nuevos horizontes donde su imaginación alimentada y fortificada en ese templo augusto que se llama la escuela, pudiera errar libre siguien-

do audazmente los caminos que le trazaran sus años juveniles.

El padre de Reyes, hombre severo y rígido, no quiso empero que su hijo alimentara su razon únicamente, haciéndole apto para las especulaciones científicas, sino que le dedicó á las rudas faenas campestres.

El jóven Reyes que sentia en su alma deseos de libertad y que ansiaba, como el ave que se cree segura de su vuelo, abrir las alas en espacios más dilatados, obtuvo de sus padres el permiso para pasar á la Alta California. ¿Qué iba á buscar en aquellas regiones? Quizá ni él mismo lo sabia, el deseo de aventuras le arrastraba y ya en su pecho despertaban las inclinaciones de su espíritu mititar.

Por el año de 1853 volvió Reyes al ládo de sus padres; parece que el destino le llevaba para que asistiera á los últimos momentos de su padre que, víctima del terrible cólera morbo, murió ese mismo año en la espantosa epidemia que asoló la República.

Desde luego el Sr. Reyes tuvo que dedicar su atención al arreglo y fomento de sus intereses, que se acrecentaron con un capital formado por el trabajo contínuo de nuestro biografiadó, durante su permanencia en la Alta California.

Pronto iba á iniciarse en su carrera política el jóven Reyes, que aún no contaba veinte años. Un acontecimiento notable le abria las puertas de la vida pública.

En época memorable para México habia nacido á la vida de la humanidad Brígido Reyes, y en época memorable tambien y luctuosa nacia á la vida pública. La dictadura sombría y de oprobio de Santa-Anna pesaba sobre el país, las mayores tropelías y los excesos más groseros se cometian en contra de los ciudadanos. En ese año, el

Gobierno de Santa-Anna entregaria á los Estados Unidos una gran parte del territorio de México, por medio del tratado de la *Mesilla* y á cambio de diez millones de pesos, que fueron dilapidados por el que se hacia llamar Alteza Serenísima.

Situación tan terrible no podia ser vista con indiferencia por los buenos hijos de México, y Reyes, asociado á otros patriotas, revolucionó con éxito, aunque con muchos peligros, derrotando al Coronel Vega, que mandaba las fuerzas del Gobierno, quitándole tres piezas de campaña, varios pertrechos de guerra y haciendo prisioneros numerosos.

La plebe levantisca y furiosa trató de asesinar á los prisioneros, y Reyes, con magnanimidad sin límites, los custodió y puso en libertad.

Acción tan noble y meritoria fué prontamente olvidada por los vencidos, los cuales á los ocho dias de estos sucesos y con más de quinientos hombres se levantaron en un punto llamado *El Quelite*.

Reyes, con el carácter de Alférez, y á las órdenes del Capitan Pedro Valdés, marchó á atacar á la ciudad de Culiacán. Vega se hallaba fortificado en el Portezuelo á doce leguas de Culiacán, y habia dispuesto colocar en el camino minas que harian explosión al paso de las fuerzas de los patriotas. Felizmente la trama fué descubierta y Reyes y su tropa no sufrieron las terribles consecuencias de aquella emboscada diabólica.

En esa vez, y como una prueba de la sagacidad de Reyes, se cita lo siguiente:

Poco ántes de llegar á San Lorenzo, Reyes aprehendió á un cartero que sin duda llevaba pliegos de Vega; las pes-

quisas que se hicieron fueron inútiles, y ya se le iba á poner en libertad por los Jefes, cuando Reyes pidió se lo entregaran para hacer á su vez nuevas pesquisas. Reyes lo observó con detenimiento, parecia que su mirada queria penetrar hasta el fondo de aquel corazón para arrancarle sus secretos; de pronto Reyes se dirige al portador del correo, y personalmente le quita los zapatos; allí entre las suelas estaban los pliegos ansiados. Este rasgo de sagacidad le valió á Reyes el ascenso á Capitán.

El ataque contra Culiacán se llevó á efecto y Reyes, despues de batir y derrotar á Hermosillo, que defendia el barrio llamado de la Pólvora, ayudó eficazmente á la toma de la ciudad, jornada en la que dejó bien sentada su fama de valiente.

Despues de esta acción Reyes volvió á Mazatlán retirado de esa vida de agitaciones, y con objeto de dedicarse á sus asuntos particulares; pero no estaria en esa inacción largo tiempo, pues que á los seis meses, habiendo sido asesinado cobardemente el Jefe Gobernador que habia quedado en Culiacán, Reyes volvió á empuñar las armas para atacar á Vega, al que derrotó en Balacachi.

Otra vez emprendió Reyes el viaje á California, en el año de 1855, permaneciendo en aquella zona hasta 1857, en que vino á Guadalajara con un cargamento, pues se habia dedicado al comercio; á su regreso, Reyes encontró á Plácido Vega que se disponia á atacar á Lozada en Tepic; invitado Reyes á esa campaña y obedeciendo á su genio belicoso, se alistó como comandante del Batallón "Morelos;" en esas fuerzas venian el Sr. D. Jesus Toledo, hoy General, y D. Domingo Rubí, que tambien tiene ese grado. En Ixcuintla se unieron las fuerzas al General Ogazón y se comenzó la campaña, la cual terminó con la muerte del General Calatayúd y la derrota de Lozada, que huyó á la sierra.

Reyes volvió á tomar el camino de California, á donde llegó para no volver hasta el año de 1860 en que se dirigió á Sonora, estableciendo en Hermosillo una casa de comercio y teniendo en ese viaje la energía y fuerza de voluntad de atravesar el desierto en compañía solo de sus mozos.

En Hermosillo le esperaba un acontecimiento de grande importancia para la vida de un hombre. El militar aguerrido que habia sabido esquivar las armas de sus enemigos, sucumbia á los dardos del hijo de Vénus y se unia en indisolubles lazos á la virtuosa señora Doña Andrea Valencia. En ese mismo año (1861) se levantó en armas un oficial Estévez, con esto se presentó de nuevo ocasión para que Reyes prestara otra vez más sus servicios en la carrera de las armas, y comisionado como Comandante por el Gobernador de Sonora, General Ignacio Pesqueira, batió á los insurrectos durante seis horas, al cabo de las cuales fué derrotado Estevez, haciéndosele como cuatrocientos prisioneros, cien muertos y trescientos cincuenta heridos, quitándosele ademas catorce piezas y numerosos pertrechos.

En esa jornada Reyes recibió una herida, marca gloriosa que le recuerda tan reñido combate.

Los invasores franceses acababan de arribar al litoral mexicano; en esos momentos Reyes ofreció sus servicios y fué encargado del mando del Batallón Morelos. La plaza estaba resuelta á defenderse hasta el último momento, y cuando se presentó la barca francesa *Cordoliere*, el *Puer-*

to Viejo se llenó de patriotas dispuestos á morir ántes que permitir el desembarco de los franceses.

La defensa fué heróica y la *Cordoliere*, mal trecha y vencida, se retiró á reparar las averías detrás de la *Isla de Venados*.

En 1864 Reyes se unió á las fuerzas de Occidente que mandaba el General Corona, y recibió la comisión de hostilizar diariamente á los franceses en "Palos Prietos." Miéntras tanto, el desembarque de los invasores en Mazatlán se habia verificado y éstos habian apresado á la señora esposa de Reyes y embarcado los intereses de éste.

Restaurada la paz, Reyes volvió á Mazatlán y á sus trabajos comerciales. Al concluir el Imperio, Reyes comenzó sus trabajos en favor del Sr. General Diaz, y tomó las armas en pró de éste y del General D. Angel Martinez.

Retirado al Cantón de Tepic, vivió en un completo ostracismo, hasta que el General Rubí le llamó y encargó levantar fuerzas para perseguir á los bandoleros que infestaban el Estado de Sinaloa, lo que hizo Reyes no sin peligro, pues salió herido en aquellos encuentros, pero logrando exterminar á los bandidos por completo.

Reyes fué nombrado Mayor de Ordenes de la Brigada que mandaba el General Rubí, y con este carácter asistió á la toma de la plaza de Mazatlán, ocupada por el General Prisciliano Flores.

Despues de la rendición de Doroteo López, Reyes volvió á la vida privada; pero habiendo á poco sido desterrado por órden del General Márquez de Leon, nuestro biografiado recurrió á varios amigos, hoy personas prominentes en la política, y de comun acuerdo marcharon á Guadalajara á ponerse á las órdenes del General Corona y

del Gobernador de aquel Estado, Lic. Vallarta. Ya con una fuerza de ciento treinta hombres, Reyes atravesó el territorio de Tepic, penetrando al fin en el Estado de Sinaloa, donde se unió al 7º Regimiento al mando del Coronel Saavedra.

De esta manera llegaron al paraje llamado el *Tule*, y allí fueron sitiados por Márquez de León.

Un nuevo timbre estaba reservado alcanzar á Reyes. Durante el sitio les fueron hechas por los sitiadores mil y mil promesas, se les ofrecieron grados y toda clase de garantías, y Reyes desde luego rehusó tan halagadoras promesas, no pensando sino en el cumplimiento de su deber. Saavedra, vacilante, se rindió al fin, y Reyes entónces, seguido de unos cuantos amigos fieles y de una parte de la tropa, escapó con grave riesgo de la vida, yendo desde luego á Guadalajara, donde entregó la fuerza al General Corona; este Jefe le comisicnó en seguida para recibir el armamento quitado á Nozari y que debia llegar á Acapulco, y Reyes marchó á cumplir su cometido, marchando despues á Guaymas para hacer entrega del armamento al Gobernador de Sonora; ya en Guaymas, el infatigable soldado organizó una fuerza de cien caballos y se dirigió á Culiacán á auxiliar al General Pesqueira que sitiaba á los de igual clase, Donato Guerra, Márquez de León y Parra.

Al llegar Reyes, levantaron el campo, y al lado del General Pesqueira marchó á Mazatlán, donde el General Sóstenes Rocha le nombró por segunda vez Mayor General á las órdenes de Rubí. Con la Brigada, Reyes recorrió los Estados de Sinaloa, Durango y Chihuahua.

Al advenimiento al poder del General Arce, nombrado Gobernador de Sinaloa, Reyes, siendo Teniente Coronel de

Auxiliares del Ejército, obtuvo el mando del Estado Mayor de aquel funcionario y la órden de formar un Cuerpo de Caballería que se llamó "Primer Escuadrón del Estado," para expedicionar en los Distritos de Cosalá y Concordia y batir á los indios de Ajoya.

Reyes, acompañado del General hoy, Bernardo Reyes, dió alcance á Donato Guerra, y despues de dos horas de combate lo derrotaron haciéndole numerosos prisioneros, acción que les valió á ambos ser nombrados Coroneles, volviendo en seguida á Mazatlán, donde al terminar el Gobierno del Sr. Lerdo de Tejada, y habiendo sido ocupada la población por fuerzas enemigas, le fué preciso, como á otros muchos jefes, refugiarse en un Consulado.

Despues de aquella vida de campaña llena de agitaciones y peripecias, Reyes regresó á Sonora, donde durante cuatro años se dedicó al comercio para pasar luego á San Blas á establecer una empresa de Lanchas Planas, trabajando en ella por espacio de dos años personalmente.

Sus intereses le hicieron volver á Mazatlán, donde permaneció hasta el año de 1885 en que vino á la capital de la República. A la sazón se encontraba en la Metrópoli el General Arce, y conocedor de los méritos del Coronel Reyes, le instó para que lo acompañara á establecer el Gobierno del Estado de Guerrero, que acababa de recibir.

Reyes aceptó y fué nombrado Jefe del primer Escuadrón del Estado, desempeñando ese cargo dos años por haber sido electo diputado á la Legislatura del Estado por el Distrito de La Unión.

En el año de 1888, y con permiso de aquel Congreso, fué encargado de la Prefectura Política del Distrito de Morelos, y con facultades para intervenir en los asuntos

del de Zaragoza, cargo que desempeñó con singular acierto, terminando satisfactoriamente las cuestiones enojosas que sostenian hacia largo tiempo los pueblos de esos Distritos.

El Coronel Reyes volvió al Congreso, y al año siguiente fué reelecto en tan alto cargo, pasando de nuevo como Prefecto al Distrito de Hidalgo, donde dedicóse por completo á llenar debidamente su encargo, mandando construir diversas carreteras y estableciendo en Tepecoacuilco casi de su peculio propio una Escuela para niñas, la cual lleva, como justa recompensa á los merecimientos del Coronel Reyes, el nombre de este ameritado Jefe.

Durante los seis meses que desempeñó aquella Prefectura, llevó á cabo innumerables mejoras materiales, y concluido ese tiempo volvió á ocupar su curul.

El Sr. Reyes fué comisionado por el Ejecutivo de aquel Estado para establecer las líneas telefónicas, y á la vez para arreglar las cuestiones suscitadas en varios Distritos por cuestión de terrenos. Concluida esta comisión fué electo de nuevo el año de 1890, Diputado al Congreso del Estado por el Distrito de Aldama.

Al comenzar el presente año el Gobierno determinó encargarlo de la Prefectura Política del Distrito de Hidalgo, nombramiento que fué recibido con verdadera satisfacción por parte de los habitantes del Distrito que siempre han visto en el Sr. Coronel Reyes un hombre probo y activo, dispuesto á hacer el bien, y por cuya iniciativa y esfuerzos tanto ha adelantado aquella porción de ese rico Estado.

Numerosas y de cuantía son las obras emprendidas por el activo é inteligente Prefecto; dia á dia se observan me-

joras materiales, y dia á dia se nota á la vez el adelanto de aquellos pueblos.

Grande debe ser la satisfacción del hombre público, que como el Sr. Coronel Brígido Reyes, cumple siempre con el deber que se ha impuesto, y más aún, cuando ve premiados sus afanes y desvelos con el cariño y el respeto de sus gobernados.